

SEGUNDO

PREMIO

«Los Tercios en Lepanto»

Don César Muro Benayas

Teniente general retirado



LOS TERCIOS EN LEPANTO

Grupo de tercios preparados para el combate. (Obra de José Ferre Clauzel)

César Muro Benayas

Teniente general retirado

LOS TERCIOS

Constituidos orgánicamente tras la Ordenanza de Génova de 1536, firmada por Carlos I, ya tenían un buen recorrido bélico desde que en 1497 su creador, el Gran Capitán, dispuso que se ordenase la gente de guerra en tercios, en el sentido de mezclar los tres tipos de combatientes de la época (rodeleros, espingarderos y ballesteros) para que combinaran y complementaran sus armas, junto a otras muchas disposiciones de carácter táctico sobre el empleo de los nuevos guerreros a pie, los infanti.

La fortaleza de estas unidades se basaba en tres factores, que fueron

clave. El primero era su permanente adiestramiento, siendo realmente expertos en el uso de las armas y en el empleo de sus formaciones de combate, el cuadro o escuadrón, de 1000 hombres, donde combinaban sus armas clásicas (picas, arcabuces y mosquetes) rayando la perfección. El segundo tenía origen en su reclutamiento: la mayoría de sus componentes eran originarios de los reinos de la península ibérica. De su importancia basta señalar que era casi exigencia, incluso, de los virreyes de Nápoles y Sicilia, como consta en muchos documentos, que se le enviaran soldados de esta procedencia y rechazaban los de sus propias tierras sicilianas, napolitanas o de otros orígenes. El tercer factor, bien conocido por el famoso verso del soldado Calderón de la Barca, supuso una innovadora concepción de los ejércitos. Se trataba de sus nuevos valores: la igualdad de oportunidades («[...] que

nadie preferido sea por la nobleza que hereda [...]»), el mérito («[...] sino por la que el adquiere [...], sin mirar cómo nace se mira como procede [...]»), los principios morales («[...] no adorna el vestido al pecho sino el pecho adorna el vestido [...]»), el ejemplo («[...] a los más viejos verás tratando de ser los más y de parecer los menos [...]») y las virtudes como guía de conducta («[...] aquí la más principal [...] milicia religión de hombres honrados»). Ante ejércitos con un gran componente mercenario, sin más motivación que la recompensa, se mostraron cohesionados, certeros e invencibles.

Estas unidades permanentes, por su ubicación mediterránea, estaban orientadas a satisfacer nuestra prioridad estratégica ubicándose en Nápoles, Sicilia, Lombardía y Cerdeña. Son los llamados por los tratadistas *tercios viejos*. Su misión ordinaria, además de estar preparados para

cualquier intervención desde sus guarniciones de origen, siendo protagonistas de grandes batallas, era disponer de un trozo de sus unidades, normalmente una o dos compañías, listas y retenidas para embarcar en las galeras y acudir presto donde se les necesitase. Una tercera misión, adjudicada de ordinario a los de Nápoles y Sicilia, era guarnecer y abastecer con las vituallas correspondientes los presidios de las plazas norteafricanas más orientales, porque las occidentales se apoyaban desde las costas andaluzas. Tal es el caso de Túnez, La Goleta, Gelves, Bona, Trípoli, Mehedía o la isla aliada de Malta.

Fuera del entorno Mediterráneo participaron por primera vez en la batalla de Mühlberg, en abril de 1547, a las órdenes del mismo rey y emperador Carlos, para hacer frente a los rebeldes protestantes alemanes de la Liga Esmalcalda. Regresaron a sus guarniciones finalizada la campaña tras una brillante victoria.

La siguiente ocasión supuso la escisión de los tercios cuando el duque de Alba marchó en junio de 1567, inaugurando el *Camino Español*, con la mayor parte de los soldados de estas cuatro unidades, a sofocar la sublevación de los Países Bajos. Permanecieron allí los ochenta años que duró esta guerra sufriendo vicisitudes, evoluciones orgánicas y cambios de nombre, diferentes a los primigenios geográficos, normalmente adoptando la de sus maestros de campo.

Marchados los tercios viejos de sus emplazamientos mediterráneos, sobre las mismas guarniciones, con los pocos soldados veteranos que quedaron, junto a muchos bisoños procedentes de un reclutamiento masivo, se restituyeron estas unidades y conservaron su nombre original, aun dándose la circunstancia de existir, durante los primeros años, sus gemelos con el mismo nombre en Flandes. Se les llamó *tercios fijos* y continuaron con sus misiones habituales en el Mediterráneo.

Producida la sublevación de las Alpujarras, en 1569, se crearon nuevas unidades para la ocasión. Pacificadas las tierras de Granada, fueron disueltas la mayoría, excepto dos tercios que tuvieron un comportamiento ejemplar, quizás pensando en el nuevo reto que se avecinaba, frente al cada vez más osado Imperio turco. Se les llamó *nuevos* o *extraordinarios*, dependiendo de las fuentes.

El despliegue de los tercios existentes al acabar la década de 1570 era el siguiente:

- Tercios viejos: Sicilia, Lombardía y Nápoles, sin variación, en Flandes. Disuelto un año antes por el duque de Alba el de Cerdeña por comportamiento indigno frente al enemigo, se creó en su lugar el Departamental de Flandes, al mando de Sancho de Londoño.
- Tercios fijos:
 - Tercio de Lombardía, al mando del maestre de campo Fernando de Silva, en la guerra de Granada, formando parte del ejército del marqués de Mondéjar. Posteriormente volvería a Milán.



Arcabucero de Ángel García Pinto

- Tercio de Sicilia, mandado por el maestre de campo Diego Enríquez, en la guerra de Granada. Posteriormente intervino en Lepanto con parte de sus efectivos.
- Tercio de Nápoles, al mando del maestre de campo Pedro de Padilla, en la guerra de Granada, formando parte del ejército del marqués de Vélez. Intervino también en Lepanto.
- Tercios nuevos o extraordinarios:
 - Tercio de Lope de Figueroa, mandado por este maestre de campo, en la guerra de Granada. Intervino en Lepanto.
 - Tercio de Miguel de Moncada, también en Granada. Intervino, junto a los tres tercios anteriores, en Lepanto.

LA PREPARACIÓN DE LA BATALLA

A partir de julio de 1571, desde que parte de Barcelona don Juan de Austria, se va conformando, sucesivamente, la potente Fuerza en las escalas de Génova, Nápoles, Mesina y Corfú donde, completada la flota, se realizó la primera revista naval.

Las desigualdades entre las fuerzas propias, no solo en número y calidad de navíos, sino también entre las fuerzas embarcadas con que contaba cada uno, aconsejó a don Juan de Austria tomar dos decisiones importantes de cara a la constitución de la flota. La primera fue repartir la infantería de la monarquía hispánica entre

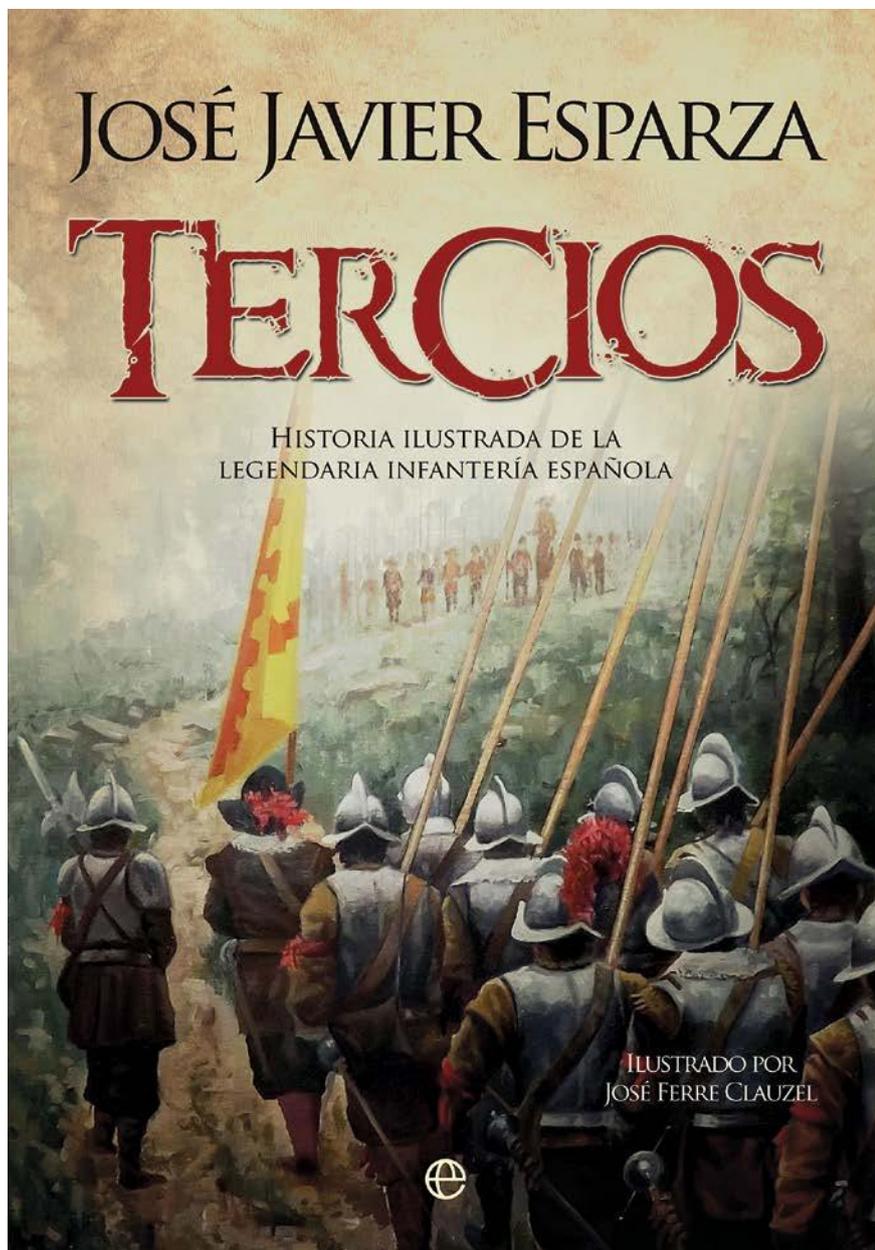
la mayoría de las naves principales, con independencia de su nacionalidad o procedencia. Simultáneamente, hizo las cuatro escuadras en que dividió la flota, mezclando la procedencia de las galeras. Así conseguía la ruptura de lazos nacionales y evitaba, en su caso, la posible retirada de los que consideraba menos comprometidos, aguerridos o preparados. Lograba, también, una potencia de combate equilibrada. La segunda decisión fue ratificar el mando de la Fuerza embarcada al comandante del buque, dejando al jefe de la infantería la responsabilidad de la conducción del combate realizado el abordaje.

De los 80 000 hombres (que coinciden los tratadistas) presentes en Lepanto, 50 000 correspondían a la tripulación: remeros y marineros. Sirva como referencia que cada galera precisaba 160 remeros; por tanto, las 208 galeras sumaban, solo para esta función, 33 280 forzados. Uniendo la dotación de las naves de menor porte, otras 90, se alcanzaba los 40 000 hombres al remo. Los restantes conformaban las tripulaciones de cada barco (oficiales, marineros y proeles).

Los 30 000 que corresponden a la guarnición son los soldados embarcados de infantería. La aportación a la flota fue la siguiente:

- Procedentes de la monarquía hispánica: 20 231.
 - Integrados en los cuatro tercios españoles: 6546 soldados (ver cuadro posterior).
 - Infantes a sueldo reclutados en los reinos de Sicilia, Nápoles y Lombardía: 5208.
 - Infantes a sueldo reclutados en el Imperio romano germánico: 4987.
 - Infantes a sueldo, de procedencia española diversa, en galeras de Venecia: 1614.
 - Aventureros y soldados particulares: 1876.
- Procedentes del ducado de Venecia: 5000 (estimación).
- Procedentes de los Estados Pontificios: 2000 (estimación).

Los artilleros, que servían los cinco cañones de cada galera (dos en cada banda y otro, de mayor calibre, en crujía), junto a la dotación de las seis



Libro *Tercios*, obra de José Javier Esparza



Reproducción de la Galera Real, expuesta en el Museo Marítimo de Barcelona

galeazas, auténticas fortalezas artilleras de 44 piezas cada una, procedían de estas fuerzas.

Como se puede comprobar, los efectivos de los tercios y sus compañías, ninguno con más de 2000 hombres, eran muy dispares debido a sus particulares vicisitudes por las bajas sufridas en las Alpujarras, el mayor o menor éxito del reclutamiento realizado en el primer semestre del año 1571 o las misiones permanentes que obligaban a dejar tropas para cumplirlas, principalmente en los de Sicilia y Nápoles. Los cuatro participantes tenían buena parte de soldados bisoños y el que más operativo se consideraba era el tercio de Lope de Figueroa, que cubrió buena parte de las flotas de don Juan de Austria y Álvaro de Bazán.

EL COMBATE SOBRE LOS BARCOS

Al disponer cada galera solamente de cinco cañones, en buena parte el éxito se basaba en el acierto en el abordaje y el posterior combate cuerpo a cuerpo. Las picas, arma reina de los tercios, se mostraban eficaces solo para defenderse ante el intento de

abordaje. Pasado este momento, ante la falta de espacio para su uso en el combate cerrado, los coseletes que las empuñaban pasaban a batirse con espada y vizcaína. El arcabuz se preciaba como el arma más eficaz en este tipo de combate; se utilizaba alternando sus hileras con los anteriores, de forma que tras disparar a tres o cuatro pasos al enemigo, marchaban a retaguardia para recargar su arma de nuevo, produciéndose un relevo continuo.

El mosquete, por tratarse de un arma pesada y dependiente del apoyo en su horquilla, estaba limitado a poder asentarse y disparar por encima de las tropas propias. El lanzamiento de flechas por los arqueros turcos o los dardos de las ballestas cristianas de venecianos y genoveses eran siempre preludio del choque entre las galeras para proceder a su abordaje. Simultáneamente al combate sobre las cubiertas, otros lo hacían por las alturas para conseguir el control de las cofas y disparar desde ellas a los de abajo.

El abordaje de una nave, tras el choque de sus cascos, comenzaba con el lanzamiento de los garfios por los aferradores, que los enganchaban en el aparejo o en el castillo de proa

donde, una vez bien sujetos, tensaban los cabos y los mantenían siempre tirantes. Los primeros en abordar, bien saltando por la borda o bien utilizando tablones que se apoyaban en los dos navíos, destacaban por ir vestidos ligeros y ser los más diestros con la espada; entraban en combate cerrado acompañados por los mejores arcabuceros. Otros, a la vez, desde las alturas de las cofas, lanzaban barriles rellenos de pólvora y brea que, tras haber encendido sus mechas, producían incendios sobre la cubierta de la nave enemiga. Una particularidad de los turcos era que, al combatir descalzos, rociaban las cubiertas con aceite y mantequilla para que los cristianos que les asaltasen, calzados como era su costumbre, tuviesen dificultades para mantenerse en pie.

Para repeler el abordaje las picas jugaban un papel esencial, como se ha dicho. Se engrasaban en su tercio final para que resbalasen las manos enemigas que intentasen cogerlas para arrebatárselas a quienes las empuñaban.

Los arcabuceros alternaban con los coseletes, como de costumbre. Los guadañeros, con sus cuchillas bien



Batalla de Lepanto es un lienzo de Antonio Brugada. Detalle de un soldado con la cabeza de Alí Pacha en la punta de la lanza. (Museo Marítimo de Barcelona)

afiladas, intentaban cortar los cabos de los garfios lanzados por los asaltantes. En los costados de las naves, desde lo alto de los aparejos, la flota cristiana arriaba redes para impedir el acceso y, en esta ocasión, desde las cofas, se lanzaba agua hirviendo sobre los asaltantes.

Los heridos se retiraban al fondo de la nave porque estorbaban e intimidaban al resto. Los muertos eran rápidamente arrojados al mar, para evitar el desánimo que ocasionaba su presencia.

Se trataba, como es fácil imaginar, de un combate tremendamente duro y sangriento, donde se iban relevando según caían y no daba lugar a descansos.

LOS TERCIOS EN LA BATALLA

Los principales relatores coinciden en dar el mediodía como el inicio de la batalla con el choque de las diferentes

escuadras y su finalización a las cinco de la tarde. Cinco horas de intensa lucha con su cénit a las dos de la tarde, al decidirse el combate principal entre soldados de los tercios y los jenízaros turcos de las dos naves capitanas, la Real y la Sultana, con la muerte del jefe de los musulmanes, Alí Bajá.

El combate entre ambos bajeles, de una intensidad pocas veces vista, es un buen ejemplo de lo que fue esta gran batalla, con el innegable protagonismo de los tercios, que conformaban menos del diez por ciento del total de la Fuerza pero que, como era habitual, llevaron el esfuerzo principal. Se buscaron ambas y, al identificarse, se embistieron la una contra la otra. Inicialmente, quedó la turca empotrada por proa en la cristiana, lo que dio ligera ventaja por su posición elevada a los hombres de don Juan de Austria, que, con los arcabuceros del tercio de Lope de Figueroa, ubicado siempre en el castillete de proa como lugar de mayor riesgo, produjeron cientos de muertos en las primeras andanadas.

Como ambas naves capitanas llevaban en sus costados y a retaguardia otras galeras de apoyo, el combate pronto se equilibró con la acción de los arqueros turcos y el refuerzo, en ambos bandos, por nuevos infantes que por popa ganaban las naves principales empotradas, engarfiadas y unidas por sus puentes, constituyendo un solo campo de batalla donde se redimía un incesante e intenso combate, sustituyéndose en el acto el caído por otro a retaguardia. En dos asaltos sucesivos los españoles llegaron al palo mayor de la nave capitana turca, pero fueron rechazados. A las dos horas de dura y noble lucha, entre soldados de los tercios y jenízaros, con sus dos generalísimos empuñando la espada, muchas veces en primera línea, cuando la situación reclamaba su ejemplo, una fuerte acometida turca demandó la presencia de la escuadra de reserva del marqués de Santa Cruz, que metió 200 soldados españoles más a la Real del tercio del maestre de campo Miguel de Moncada, que fue a colocarse

junto a su compañero Lope de Figuerroa en el lugar más crítico del combate, dando ejemplo singular a sus subordinados.

A la vez, la galera de Colonna embestía por la borda la Sultana. Se iniciaba así el tercer asalto a la nave turca. En el momento álgido del combate, Alí Bajá cayó herido de un arcabuzazo en la frente y dio con su cuerpo en la cruz; presto, un anónimo soldado malagueño le cortó de un tajo la cabeza que, tras clavarla en una pica, fue expuesta a popa de la galera turca mientras se repetían y extendían por toda la flota los gritos de «¡Victoria, victoria!». Percibido, don Juan ordenó fuese retirada de inmediato en honor a la noble lid del enemigo. Aquel parcial

pero importante triunfo desencadenó la caída del resto.

Hechos de gran valor no dejaron de relatar los cronistas. Destacar algunos es obligado para comprender lo que fue el comportamiento de los tercios en esta heroica victoria.

El capitán Pedro Jiménez de Heredia cayó al mar ardiendo en llamas encabezando el asalto a una galera turca por el disparo de un cañón sin bala, solo con pólvora. Le echaron una cuerda, se puso ropa nueva y fue el primero en asaltar de nuevo la galera y combatir hasta rendirla. A uno de los infantes que le seguían un flechazo le atinó en un ojo; él mismo se lo arrancó tirando de la flecha y en el

cuenco vacío metió un trapo, que ató como pudo. Se lanzó al asalto y mató a tres enemigos antes de que le socorrieran.

El sargento Martín Muñoz, del tercio de Sicilia, enfermo en la galera San Juan. Cuando se produjo el asalto de los turcos a su galera le dijo a su criado que no era momento de morir de calenturas. Subió a cubierta, espada en mano, con tanto furor que mató a cuatro y rechazó a todos que le estorbaban hasta llegar al palo mayor. Llegó con nueve flechazos y allí un pedrero le llevó una pierna. Miró a sus soldados, moribundo, y les dijo: «Señores, cada uno haga otro tanto», y se echó en el suelo, tranquilo, para morir desangrado.



Boceto de un componente de los tercios (Obra de Augusto Ferrer-Dalmau)

Don Alejandro Farnesio, embarcado en la capitana de Génova, se lanzó en cabeza al abordaje de una galera acompañado del soldado Alonso Dávalos. Mataron a cuantos turcos les salieron al paso y llegaron casi a popa solos, donde, alcanzados por quienes les seguían, se sorprendieron de la tremenda cantidad de sangre enemiga que les cubría.

La hazaña del soldado Francisco Montañés, armado de peto, espaldar y una alabarda, es digna de reseñar como ejemplo de fiereza. Lanzado al asalto de una galera turca, le cortó el paso un valiente jenízaro. En la lucha cuerpo a cuerpo ambos cayeron al mar. En duro combate sobre las aguas, le arrebató una hacheta húngara que llevaba al cinto y le hizo pedazos la cabeza, esparciendo con sus manos los sesos por el mar. Regresó nadando a su galera, trepó por la borda, agarrado a una pica que le lanzaron, y, tras reponerse del esfuerzo, se lanzó de nuevo al asalto y mató a cuatro enemigos.

El más célebre soldado de los tercios, Miguel de Cervantes, del tercio de Miguel de Moncada, en la compañía del capitán Diego de Urbina y a bordo de la galera Marquesa, al mando del capitán Sancto Pietro, se encontraba en la bodega solo, desamparado y abrasado de fiebres antes del combate. Un pensamiento le abordaba, que más tarde escribiría en su libro inmortal: «más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida». Oyó gritar en cubierta «¡Al arma, al arma!», y saliendo de la manta que le abrigaba tomó su espada y pidió un puesto en el combate. El capitán le mandó al esquife, bajel para salvamento, un poco elevado sobre cubierta, desde donde un grupo de arcabuceros lo utilizarían como posición ventajosa para disparar. Era un soldado bisoño, seguramente no diestro con el arcabuz, pero colaboró ayudando a sus compañeros, valientemente, empleando su espada. Sin duda, representaban un objetivo prioritario para los enemigos. Recibió dos disparos en el pecho y otro, posteriormente, en la mano izquierda,

que le quedaría inútil, sin que llegase a soltar en ningún momento el acero de su mano derecha hasta que acabó el combate.

Los tercios, con su contrastado protagonismo, dieron su sangre con generosidad para el logro de la victoria, contándose 2000, entre muertos y heridos, del total de 6000 pérdidas que sufrió la flota cristiana. Los turcos perdieron 40 000 hombres, contando 10 000 prisioneros. La tercera parte de los efectivos de estos tercios, con gran número de capitanes a la cabeza, se perdieron en la batalla.

BIBLIOGRAFÍA

- Son más de una decena las obras consultadas, pero quisiera destacar la obra *Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto* del SHM. 1971, del coronel José María Garate Córdoba. Es una excelente investigación de los antecesores de AEME en la que se han sustentado muchas publicaciones posteriores.■



Rocroi, el último tercio. (Obra de Augusto Ferrer-Dalmau)

PARTICIPACIÓN DE LOS TERCIOS EN LEPANTO

Tercio de don Lope de Figueroa, con las 14 compañías que se nombran

En galeras procedentes de la Península

En galeras de Nápoles

| | | | |
|-------------------------------|-----|-----------------------------------|-----|
| M. Campo D. Lope de Figueroa | 172 | Cap. D. Juan Díaz | 104 |
| Cap. D. Cristóbal de Espeleta | 106 | Cap. D. Juan de Zúñiga | 135 |
| Cap. D. Pedro Bazán | 150 | Cap. D. Juan Fernández de Córdoba | 180 |
| Cap. D. Luis de Palma | 190 | Cap. D. Antonio Carrión | 134 |
| Cap. D. Manuel Ponce de León | 80 | Cap. D. Sancho Reinoso | 80 |
| Cap. D. Martín de Ayala | 102 | Cap. D. Juan de Córdoba Lemos | 120 |
| Cap. D. Pompeyo Especiano | 200 | | |
| Cap. D. Juan de Licea | 132 | | |

TOTAL TERCIO LÓPEZ DE FIGUEROA 1885

Tercio de Nápoles, con las 12 compañías que se nombran

En galeras de Nápoles

| | | | |
|----------------------------------|-----|---------------------------|-----|
| M. Campo D. Pedro de Padilla | 200 | Cap. Marqués de Espejo | 70 |
| Cap. D. Ruy Francisco de Buitrón | 180 | Cap. D. Juan de Velasco | 146 |
| Cap. D. Gonzalo de Barahona | 170 | Cap. D. Pedro Manuel | 160 |
| Cap. D. García de Toledo | 170 | Cap. D. Hernando Enríquez | 140 |
| Cap. D. Antonio de Barrientos | 170 | Cap. D. Juan de Montano | 190 |
| Cap. D. Luis de Bocanegra | 100 | Cap. D. Luis Orejón | 60 |

TOTAL TERCIO DE NÁPOLES 1756

Tercio de don Miguel De Moncada, con las 7 compañías que se nombran

En galeras de Nápoles

En galeras de Andrea Doria

| | | | |
|------------------------------|-----|--------------------------------------|-----|
| Cap. D. Marcos de Isava | 178 | Cap. D. Rodrigo de Mora | 200 |
| Cap. D. Melchor de Alveruela | 190 | Cap. D. Diego de Urbina (*) | 200 |
| Cap. D. Enrique Centellas | 134 | (*Miguel de Cervantes, uno de ellos) | |
| Cap. D. Gerónimo de Quadra | 160 | | |
| Cap. D. Rafael Puche | 100 | | |

TOTAL TERCIO MIGUEL MONCADA 1162

Tercio de Sicilia, con las 10 compañías que se nombran

En galeras de Sicilia

En galeras de Andrea Doria

| | | | |
|-----------------------------|-----|-------------------------|-----|
| Cap. D. Adriano Aguaviva | 115 | Cap. D. Diego Melgarejo | 311 |
| Cap. D. Diego de Vargas | 120 | Cap. D. Diego de Osorio | 134 |
| Cap. D. Álvaro de Acosta | 104 | | |
| Cap. D. Martín de Benavides | 104 | | |
| Cap. D. Francisco de Ayala | 200 | | |
| Cap. D. Juan Contreras | 155 | | |
| Cap. D. Melchor de Morales | 75 | | |
| Cap. D. José de Peralta | 55 | | |
| Cap. D. Juan Silva | 160 | | |
| Cap. D. Juan de Angulo | 210 | | |

TOTAL TERCIO DE SICILIA 1743